

*Laudatio de la Profa. Dra. D.^a Victoria López Cordón
con motivo de la investidura como Doctor "Honoris Causa" del*

Excmo. Sr. Bernard Vincent

13 de marzo de 2015

Excelentísimo y Magnífico Rector,

Autoridades, académicas,

Claustro de doctores.

Queridos colegas,

Señoras y señores,

Es para mí un honor que no esperaba merecer a estas alturas de mi trayectoria personal, el estar aquí junto a todos ustedes para pronunciar la laudatio en este acto de investidura del profesor Bernard Vincent como doctor Honoris por esta Universidad. Cumpliendo una proposición que me hizo el Departamento de Historia Moderna y que agradezco, aunque se bien que voces más autorizadas que la mía podrían hacerlo con mayor representación y competencia. No está, por ello, en mi persona la justificación de esta elección, sino en tres circunstancias sobrevenidas, a las que intentaré hacer justicia en mi exposición. La primera de todas, una larga amistad con el profesor Vincent que, si no recuerdo mal, data al menos de 1978; después, una concurrencia interrumpida en distintos contextos académicos y científicos, en España o en Francia y, por último, una complicidad generacional sobre la cual, quizás, sea más fácil reconstruir y ponderar la trayectoria intelectual y humana de quien es el centro y el motivo de este acto.

El profesor Bernard Vincent es un eminente historiador, cuyos méritos y dilatada obra han sido ya reconocidos por otras universidades españolas en investiduras similares, prueba, sin duda, de sus méritos, pero también del deseo de estrechar aún más y de significarlo públicamente, sus lazos con los historiadores españoles que han querido incorporarlo a su claustro de doctores. Pero cuando en el año 2011 lo propuso el Departamento de Historia Moderna, lo hizo en el convencimiento de que Madrid, esta Universidad y, desde luego, la vecina Casa de

Velázquez, habían tenido un peso específico en su trayectoria biográfica. Buena parte de sus primeros años en España transcurrieron aquí, primero como miembro de la sección científica de la Casa, entre 1968 y 1971; más tarde, entre 1977 y 1982, como director de estudios y, luego, como secretario general, durante la etapa en que fue director el prof. Didier Ozanam. Fue precisamente el profesor Vincent quien me lo presentó y gracias a ello pude no solo beneficiarme del ambiente intelectualmente estimulante que allí imperaba, sino dar un sesgo significativo a mi trayectoria académica, al pasar a formar parte del grupo de investigación que el entonces director empezaba a organizar. Fueron aquellos años que marcan, inquietudes y no fáciles, pero siempre esperanzados, en el que se forjaron no solo amistades, sino magisterios, unos nacidos de la relación y la colaboración directa, otros del deslumbramiento que ciertos autores, obras y escuelas provocaban en quienes buscábamos un modo distintas de mirar el pasado.

Nunca ha sido, el profesor Vincent un historiador encerrado en un despacho y tampoco lo fue entonces. Ciertamente, que Madrid no puede competir en su afecto con la hermosa tierra granadina hacia la que, desde sus primeras visitas a España, había desplazado su interés como historiador. Pero creo que las experiencias vividas en este recinto universitario, en que él nunca se sabía si se iba a poder impartir una clase o celebrar una conferencia; en esta ciudad, acogedora y denostada al mismo tiempo, que sufrió y respondió con firmeza a sucesos violentos, en 1977 o en 1981, no pudieron por menos de dejar huella. Una lección de historia que, en cierto sentido, reafirmada el compromiso de quitar telarañas al pasado casi al modo quijotesco, con la mano tendida y la pluma en ristre. Y a eso se dedicó el profesor Bernard, a escribir y enseñar, facilitando la relación entre españoles y franceses, interviniendo y organizando encuentros y seminarios, investigando sobre la historia española para devolvernos no solo memoriales de agravios, sino la fuerza de un tiempo irrepetible, el siglo XVI, con sus errores y sus aciertos, que el contemplaba a través no solo de las desventuras, sino de la vida de una minoría, la morisca. Historia de los moriscos, vida y tragedia de una minoría (Madrid, Revista de Occidente, 1978), así se llama una de sus libros más conocidas publicada por entonces, reeditada muchas veces e, incluso, traducida al árabe. Una obra temprana, pero que marcó su trayectoria, por su temática y porque fue escrita junto a un eminente historiador español de la edad moderna, Domínguez Ortiz. Que vio D. Antonio, que entonces estaba al filo de los 70 años en aquel joven y entusiasta francés de treinta y pocos años, yo no puedo saberlo. Pero sí que se inició una colaboración que terminó en amistad y en la conjunción de dos formas distintas, pero compatibles, de hacer historia, la de un historiador social, que lo era no por adscripción ideológica o escuela, sino por empatía hacia quienes habían vivido los “tiempos recios” del pasado, esa humanidad dolorida, de las gentes sin nombre de unos siglos que unos llaman de oro y otros de hierro, y un historiador formado en la Escuela de Annales, en cuya revista habían ya aparecido alguno de sus trabajos, que no solo era lector entusiasta de las obras de sus figuras más reconocidas, sino discípulo directo de dos puntales de aquella historiografía, Pierre Vilar y Le Roy Ladurie. Del primero, que fue su director de tesis, ha hablado el profesor Vincent en muchas ocasiones con admiración y reconocimiento. Con él, ha dejado escrito, mantuvo una relación cordial y siempre se ha sentido orgulloso de su huella. Si bien, por razones de salud, fue el segundo, que ya en 1971 le había

franqueado el paso a la universidad de Paris VII, el responsable administrativo de su tesis a la hora de presentarla.

Más allá del peso efectivo de dos grandes maestros franceses y de su escuela, en relación con este acto, yo creo que su otro maestro español, Domínguez Ortiz, se hubiera sentido especialmente satisfecho de compartir con su colaborador el título de doctor honoris causa por esta Universidad, que el poseía desde 1980. Como también le hubiera gustado presenciarlo a quien pronunció su Laudatio en el acto de investidura del profesor Bernard que se celebró en la Universidad de Granada, su amigo de tantos años, Antonio Luís Cortés.

Esa mezcla del rigor conceptual y metodológico de la historiografía francesa y esa capacidad para buscar en las fuentes y saber mirar del historiador español, Vilar y Domínguez, son la clave de dos cualidades reconocidas de Bernard Vincent como historiador, cuyo rigor científico y capacidad expresiva le permiten no caer en ese oscurantismo pseudo profesional que aleja a tantos lectores de los libros de historia. Rigor y claridad no son, desde luego, cualidades menores que puedan omitirse en esta Laudatio, como tampoco lo es una tercera, a mi entender, no menos importante: la de ser un historiador honesto. Atrevido adjetivo, quizás, que es la dimensión moral de lo que, en ocasiones, se denomina como historiador objetivo, un término mucho más equivoco e impreciso, porque el historiador honesto lo es por ser riguroso y respetuoso con el legado del pasado y de los otros, por no incurrir en el adanismo ni pretender alcanzar esa pretendida objetividad, por caminos torcidos. En casi medio siglo de trabajo continuado, Bernard Vincent, ha evitado, y yo diría que sin demasiado esfuerzo por ser ajenas a su carácter, tres lacras que, a mi entender, minan los indudables avances de la historiografía de nuestro tiempo, el oportunismo, que no es lo mismo que la oportunidad, la soberbia intelectual, que corroe tantos logros, y el plagio. Siempre me he preguntado porque en nuestras facultades de historia nunca se habla de deontología profesional, como si este maltrecho concepto acuñado por Jeremías Bentham, no fuera especialmente adecuado para quienes trabajamos con un material tan frágil como los testimonios, tantas veces borrosos o manipulados, de quienes nos precedieron.

Muchas cosas y no pocos papeles se llevó el prof. Bernard Vincent a Paris cuando, a finales de 1982, volvió a su puesto de maître de conférences à l'Université de Paris VII (1982-1988). Allí defendió su tesis doctoral de estado unos años más tarde, bajo el título de *Entre Islam et chrétienté : le royaume de Grenade au XVI^e siècle*, con un tribunal presidido por Pierre Chaunu, del que, además del Prof. Emmanuel Le Roy Ladurie, formaban parte Bartolomé Bennassar, Jean Jacquart y Agustín Redondo, verdaderos puntales todos ellos del modernismo francés, que le otorgaron la más alta calificación. Un refrendo, sin duda, a su ya probada competencia.

En Paris VII transcurrió desde entonces su vida profesional, durante la cual, el tema española y, más concretamente, el granadino, continuó siendo el eje vertebrador de sus investigaciones. Hasta los años noventa, estas quedaron enmarcadas por tres coordenadas que dan una gran coherencia a su obra: la que establece su interés por un grupo social muy preciso, el de la minoría morisca; el

espacio geográfico bien delimitado en el que se desarrolla su peripecia histórica hasta la expulsión de 1570, el del antiguo reino de Granada y, por extensión, Andalucía; el marco cronológico, extrovertido y complejo, en el que transcurre la historia española el siglo XVI. Bien es verdad que, así enunciado, el esquema no hace justicia al carácter variado de los contenidos que las conforman. Porque la precisión de la muestra, no impidió la diversidad de las cuestiones tratadas, desde la demografía histórica y la familia, a las migraciones, las epidemias o fenómenos naturales, o la atención específica por ciertos tipos de conflicto, como el bandolerismo y la piratería. Todo ello sobre la base de archivos progresivamente y trabajosamente descubiertos, algunos casi imposibles, que obligaban a una verdadera labor de campo, a visitar y residir en distintas localidades, moviéndose de un lado a otro, pidiendo llaves o desempolvando legajos, pero también empapándose, como un vigía, del hermoso paisaje que trascurría desde la cordillera a las hermosas playas de Almería. Un tiempo rico en vivencias, pero también en publicaciones, de las que me permito mencionar algunas que me parecen especialmente importantes: lo fueron Andalucía en la edad moderna: economía y sociedad, que recogía varios trabajos dispersos; también el tercer volumen de la Historia de Granada, dedicado a la edad moderna, escrito junto Antonio Luís Cortés y la titulada Minorías y marginados en la España del siglo XVI (Granada, Diputación Provincial, 1987, 285p), que es una recopilación de artículos, sobre moriscos, pero desde una perspectiva variada y novedosa, en la que la vida cotidiana, las relaciones con los jesuitas o de las características de los nombres cristianos que utilizaron los miembros de esa comunidad, mostraban la constante apertura de sus investigaciones. Igualmente de esta etapa datan sus trabajos sobre el tribunal inquisitorial de Granada y sus colaboraciones con Dedieu y Cardaillac en la obra editada por este último *Les Morisques et l'Inquisition*, (Paris 1990). Desde otra perspectiva, divulgativa solo formalmente, su *Grenade, un guide intime*, (Paris, Autrement, 1989), no es solo una excelente compañera de viaje para franceses viajeros, sino para peninsulares reticentes a dejarse cautivar por un sur maltratado por los tópicos.

A mediados de los años noventa, la carrera profesional del prof. Vincent dio otro giro que le permitió jugar un importante papel en las relaciones científicas entre Francia y España. Primero como responsable del programa de cooperación entre ambos países del CNRS y, a partir de su incorporación a la División de Historia de la École de Hautes Études en Sciences Sociales de Paris, de cuyo centro fue director a partir de 2002, un verdadero cauce de los intercambios intelectuales entre los historiadores de ambos países. La importancia de la labor allí desarrollada por Bernard Vincent, es difícil de ponderar. Por allí han pasado doctorandos y doctores de prácticamente todas las universidades españolas, de esta, desde luego, y no pocos de los míos, a los cuales ha dedicado siempre su atención y su tiempo. Ya fuera en la sede del boulevard Raspail o en la actual de la Avenue de France, sus puertas y su biblioteca han estado siempre abiertas y, muy especialmente, para quienes buscaban algo más que cumplir un requisito. De la misma manera que ha sabido también hacer de su Seminario de los martes en el Colegio de España de la Ciudad Universitaria parisina un lugar de presentación y de discusión en el que la metodología y la interdisciplinaridad que siempre han estado muy presentes, ensanchaban la visión que de los distintos temas de la historia no solo española, sino portuguesa o americana, se iban presentado.

Espíritu viajero y con cierto don de bilocación, el profesor Vincent siempre ha sabido compatibilizar este conjunto de actividades con sus más que viajes, estancias en España, y su presencia también frecuente al otro lado del estrecho y del Atlántico, participando y dirigiendo seminarios, investigando, descubriendo lo que para un hispanista es una obligación y para un modernista una necesidad, la globalidad de un mundo que dice hablar en español pero que se expresa en muchas partes en el hermoso castellano de nuestros antepasados. Un ámbito en él que el sincretismo cultural no uniformiza, sino resalta la diversidad, algo que el profesor Vincent percibe como una de sus mayores riquezas. No es extraño, por tanto, que enfrentado a una de las fechas imprescindibles de la historia española, publicara un excelente libro, 1492, «l'année admirable» (Paris, Aubier, 1991), traducida inmediatamente no solo al castellano, sino al portugués, al alemán y al italiano, que mereció dos importantes premios, Prix des Ambassadeurs, 1992 et el Prix Bordin de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 1993 y que fue objeto de una nueva edición aumentada en 1996 (Paris, Champs Flammarion). Un obra, tan ágil como bien documentado, en que dibuja con trazos firmes la confluencia temporal de cuatro acontecimientos decisivos que marcaron la historia española: la publicación de la gramática de Lebrija, la llegada de Colón a América, la conquista del reino nazarí y la expulsión de los judíos. Se prolongó en forma de dossier en otra publicación, con la colaboración con Jean-Frédéric Schaub, en ese mismo año, 1492, les royaumes ibériques, (Paris, Cahier de la documentation française, 1992) y, no mucho después escribió una serie de biografías españolas, portuguesas e italianas para el Dictionnaire des biographies, tome IV, Le Monde moderne (vers 1480-1815) (Paris, Armand Colin, 1995), publicado conjuntamente con Jean Béranger et Jean-Maurice Bizière).

La pluma de Bernard Vincent era ya entonces una colaboración indispensable en obras significativas que abordaran cuestiones relativas a la historia española y eso se acentuó en los años sucesivos. Su colaboración, junto a Bartolomé Bennassar, en *Le temps de l'Espagne (XVIe -XVIIe siècles)*, (Paris, Hachette, 1999; editada en castellano como *España. Los siglos de Oro* (Barcelone Crítica, 2000; éd. Allemande, Stuttgart, Klett-Cotta) o la autoría de la parte correspondiente a la sociedad en el volumen titulado *Tiempos del Quijote*, ed. de Antonio Feros et Juan Eloy Gelabert (Madrid, 2004), son prueba de ello. Pero también su contribución, desde los temas que le son propios, a obras de carácter más transversal, como “Los moriscos”, en la obra titulada *Los éxodos políticos de la historia de España, siglos XV-XX*, ed. Jordi Canal (Madrid, Silex, 2007); «La monarchie hispanique et l'Islam» para *L'Europe en conflits. Les affrontements religieux et la genèse de l'Europe moderne vers 1500 - vers 1650*, dir. Wolfgang Kaiser (Presses Universitaires de Rennes, 2008); o “La esclavitud en el Mediterráneo occidental (siglos XVI-XVIII)” en *Circulación de personas e intercambios comerciales en el Mediterráneo y en el Atlántico (siglos XVI, XVII, XVIII)*, dir. J. Antonio Martínez Torres (Madrid, CSIC, 2008). Interesado por cuestiones historiográficas, tanto la “Presentación” de la reedición de la obra de Antonio Gallego Burín y Alfonso Gámir Sndoval sobre *Los moriscos del reino de Granada según el Sínodo de Guádix de 1554* (Granada, 1996), como la “Introducción” a *los Moriscos: la mirada de un historiador* (Granada, Universidad de Granada e el Legado Andalusí, 2009), un volumen que recoge algunos de los trabajos que Antonio Domínguez Ortiz dedicó al tema, prueban bien la ponderación de sus criterios. Tampoco ha rehusado hacer

trabajos de síntesis sobre la historia moderna española (Los siglos XVI y XVII, Política y sociedad, Historia de España 3er milenio, Madrid, síntesis, 2007, en colaboración con José Javier Ruiz Ibáñez), ni participar en obras más específicas como, por ejemplo, « L'expulsion des juifs d'Espagne » en *Les juifs dans l'histoire*, Antoine Germa, Benjamin Lellouch et Evelyne Patlagean (Paris, Champ Vallon, 2011) o de « Les Ibériques et l'Islam : le vieil adversaire, deux monothéismes universalistes » en *La péninsule Ibérique et le monde (1470-1640)*, dir. Guy Saupin, (Rennes, PUR, 2013), que son fruto de estos últimos años.

Sin pretender hacer una relación exhaustiva, no quiero abandonar esta faceta de su actividad, sin referirme a tres obras recientes que resumen bien sus concepciones como historiador. La primera es *El río morisco (Valencia-Granada-Zaragoza, 2006)*. Precioso título que recoge el de uno de los ensayos que contiene, publicado en la Biblioteca de Estudios Moriscos, patrocinada por las universidades de Valencia, Granada y Zaragoza. Como toda recopilación, presenta estudios de distinto calado y cuestione recurrentes pero, también, refleja la evolución de sus métodos de análisis y su respuesta a los debates historiográficos del momento. Sus breves páginas iniciales son una declaración de fidelidad aun tema que le ha acompañado toda la vida, el de los moriscos pero, también, de las razones que lo explican y una declaración de principios en la cual, la metáfora del río, muestra bien las corrientes diversas que a veces se juntan y a veces se separan de una historia siempre inacabada. Una historia llena de matices y siempre necesitada de ser contemplada en una doble escala. El profesor Vincent, historiador apegado a la materialidad de los archivos, que ha manejado mucho y bien la documentación local, considera que no siempre es cierta la metáfora de que los árboles impiden ver el bosque, sino lo contrario: el análisis a pequeña escala, la microhistoria, es una forma de restituir la complejidad a una visión general, imprescindible, pero necesariamente simplificadora. Y ello lo afirma, sobre la base de su experiencia y, también, de la controversia que han venido suscitando ciertos temas polémicos, sobre los cuales se dan interpretaciones divergentes, fundamentadas en relatos sin matices. Por ello, enfrentado a la cuestión morisca, no le convencen ni la hermosa parábola de la pacífica convivencia de las tres culturas, conculcada violentamente por la intransigencia de quienes acabaron imponiendo la expulsión, ni la visión contraria, la de la barrera infranqueable entre dos comunidades escindidas por la religión y el origen, cristianos y musulmanes, españoles y descendientes de las sucesivas oleadas de conquistadores procedentes del norte de África. Desde luego que hubo conflictos, muchos y, como el mismo ha estudiado, más profundos cuanto más inmediatos, pero no menos documentados resultan los intentos de negociación, la connivencia y los apoyos. Como también que hubo identidades firmes y otras que lo eran menos, incluso en el seno de las mismas familias. De ahí que, sus preguntas, van más allá de la condena de la expulsión, o de su justificación por una asimilación muy difícil, para centrarse en conocer si hubo una verdadera frontera interior en torno a 1568 y en cómo se formó. Siempre desde el convencimiento de que los moriscos no eran grupo impostada en un mundo que no era el suyo, sino que se consideraban y eran considerados como naturales de su tierra y, por ello, la guerra de las Alpujarras se entendió como rebelión, es decir, como contienda interna.

Sobre la variedad en el uso de lengua que les era propia, las condiciones de su convivencia con la comunidad cristiano vieja, o los efectos de la evangelización, el profesor Vincent ha escrito páginas reveladoras. Y ha dejado en el aire una pregunta de signo contrario: ¿en qué medida el árabe estuvo presente en el mundo de los cristianos viejos? En verdad, poco sabemos sobre quiénes y como lo estudiaban; cuantos podían leerlo y porqué las grandes bibliotecas guardaron cuidadosamente códices y manuscritos. Algo que no concuerda con la idea del rechazo generalizado, ni con la mera utilización del aprendizaje de la lengua como mecanismo evangelizador. Aunque minoritaria, siempre hubo entre el clero una corriente favorable a la catequesis en lengua árabe y el que, no mucho después de la expulsión definitiva, el teatro, la novela o los romances, fueran tejiendo leyendas en torno a Aben Humeya, Jarifa, el abencerraje, o Alvaro el Tuzaní, indica que también hubo opiniones menos unánimes y más críticas con la medida.

La última aventura de Bernard Vincent ha sido la codirección junto a Jocelyne Dakhliya de la obra *Les musulmans dans l'histoire de l'Europe. Une intégration invisible* (Paris, Albin Michel, 2011). El libro codirigido con Jocelyne Dakhliya el que apenas habla de moriscos, sino que lo que intenta mostrar es que hubo musulmanes en toda Europa occidental, desde Lisboa hasta Viena, desde Málaga hasta Londres, durante la época moderna y que, como el mismo me ha comunicado, está a punto de aparecer también en lengua árabe. Lo que es prueba de sus buenas relaciones con muchos colegas de los países del otro lado del mediterráneo. Lo cual, al menos en Túnez, así me consta. Buena prueba de que no es necesario falsificar el pasado para respetar a los otros, ni idealizar a las víctimas para conmoverse ante la tragedia que siempre es el exilio. Porque ni antes, ni ahora, las cosas suelen ser una o su contraria. Hay connivencia y convivencia, amistades y rechazos, mayorías silenciosas y situaciones de frustración y esperanza que conmueven las conciencias y, a veces, nublan la mente. También responsabilidades, personales y concretas, que la generalización de las culpas enmascara. Todo lo cual, nos lleva a quienes hacemos historia no a la asepsia del no juicio, ni a la comprensión de personas y procedimientos que conculcaron principios bien establecidos en sus propias sociedades, sino como dice Bernard Vincent, a la obligación moral de no ocultar nada e intentar explicarlo con las categorías de su tiempo.

Pero no es el pasado el único destinatario de las reflexiones de nuestro nuevo Doctor Complutense. También lo es el presente, del que es capaz de percibir los cambios, las manipulaciones, mejor o peor intencionadas y las omisiones culpables de una historiografía demasiado acostumbrada a dar vueltas sobre sí misma. A esta última se enfrenta en su última obra, publicada el pasado año y dedicada a las historiadoras del siglo XX. *Un siècle d'historiennes*, (Paris, Edition des Femmes, 2014). Coodirigida con André Burguière, es un testimonio de reconocimiento y, también, una ponderada protesta contra la “gran incultura”, son sus palabras, que supone ignorar el peso específico de las historiadoras en la producción científica del siglo XX, durante el cual, y a partir de un determinado momento, la irrupción de mujeres profesionales de la historia, en el ámbito de las aulas universitarias y de los centros de investigación, resultó decisiva en la evolución de la disciplina. Veinte semblanzas de historiadoras destacadas, le permiten salir al paso de este olvido, no del todo inocente. Las veinte, son una muestra de un conjunto más

amplio y, como ocurre en todas las selecciones, el mismo lo señala, intercambiables, en muchos casos. Pero no cabe duda que las elegidas encarnan perfectamente lo que la obra pretende: señalar que la ciencia histórica de nuestros días les debe mucho. Entre estas biografías intelectuales, hay personas ya fallecidas y otras vivas, ya que el conjunto se encuadra en tres generaciones distintas: la de las pioneras, cuya madurez se desarrolla en el periodo de entreguerras y que, con la excepción de Eileen Power, no llegaron a integrarse en la vida universitaria; una segunda generación, nacida con anterioridad a la segunda Guerra mundial, cuya carrera, sin ser fácil, se vio facilitada por una formación muy similar a la de los varones y que logró, en buena parte, sus objetivos y, por último, las más jóvenes, nacidas a partir de los años 40, cuya actividad se movió en un contexto institucional y científico, no solo más abierto, sino con referentes. Entre ellas hay figuras tan reconocidas como Sofía Boesch, Natalie Davis, Christina Klapisch, Mona Ozouf, Michelle Perrot, o Barbara Stollberg, por referirme solo a aquellas que están más cercanas al modernismo. Y personalidades indiscutibles, como lo es Reyna Pastor, doctora por segunda vez por esta Universidad, por azares del destino. Sin embargo, como se señala en la introducción, el conjunto presenta un determinado perfil colectivo: reconocidas por sus aportaciones en el campo de la especialidad que le era propia, todas adoptando una forma propia de escribir historia que las distingue; comprometidas políticamente, generalmente con movimientos de izquierda, una mayoría se replantearon posteriormente sus compromisos o se han alejado de ellos aunque, sin duda, estos influyeron en su visión y su práctica de la historia; feministas con distintas opciones y compromisos, con la excepción de la japonesa Takamure Itsue, ninguna inició su carrera de historiadoras con estudios específicos sobre las mujeres, sino que los abordaron en el transcurso de sus investigaciones, trasladando sus armas bien probadas en la investigación a este ámbito, lo que les ha permitido una reflexión en profundidad sobre el lugar de las mujeres en el pasado que ha pasado a constituir un eje fundamental de la historiografía sobre esta materia.

Siempre me he preguntado si ese interés que el profesor Vincent siente por esa etapa de tránsito entre la edad media y los tiempos modernos, rota solo formalmente por ese año admirable de 1492, no debe algo a compartir su vida con una excelente medievalista, la profesora Mireille Vincent-Cassy, especialista en las prácticas religiosas de la Baja Edad Media, que ha publicado numerosos trabajos sobre la confesión, los pecados capitales, las peregrinaciones o la santidad femenina. Sus estudios sobre la vida cotidiana, la infancia y los criados, la exclusión y la glotonería, son el contrapunto adecuado a ese mundo sin imágenes de la España morisca, pero con sabores y olores muy vivos que salían de sus cocinas y se instalaban en otras cristianas, no menos hábiles en suplir la escasez con el ingenio. A muchas cosas, quizás demasiadas, estoy aludiendo en esta intervención que, protocolariamente, debe ser corta. Pero no resulta fácil resumir la producción científica de Bernard Vincent, porque no se reduce solo a los libros. Sus numerosos artículos, más de 200, sus prólogos o sus estudios introductorios, superan en mucho el número de páginas de aquellos y se distinguen, también, por esa mezcla de rigor y amenidad que le caracteriza. Traductor ocasional, lo ha sido de Caro Baroja, Domínguez Ortiz, Paz Cabello o Jaime Contreras, entre otros. Y su perfil quedaría incompleto sin tener en cuenta las más de 50 tesis dirigidas hasta 2015, muchas de las cuales constituyen referencias imprescindibles para el conocimiento

de la historia no solo española, sino americana. Porque Bernard Vincent no solo es un historiador, empeñado en reivindicar el papel y las aportaciones de la historia en relación con las otras ciencias sociales, sino un hispanista reconocido, sino por formación, por adscripción voluntaria, entendiéndolo por ello no solo una especialización preferente, sino una actitud intelectual que le llevó de descubrir y valorar el pasado de un país vecino y amigo y, desde él, proyectar su interés hacia una geografía de horizontes mucho más amplios, sin el cual resulta imposible entender la trayectoria de los pueblos peninsulares, España y Portugal, con sus logros, sus contradicciones y sus excesos.

El profesor Bernard Vincent ha hecho pocas incursiones en el siglo XVIII y, sin embargo, tiene mucho de aquellos viajeros, los curiosos impertinentes, que a finales de aquella centuria y principios del siguiente se atrevieron a moverse por caminos incómodos, a preguntar y a corregir tópicos. No solo por su constante ir y venir, sino porque el viajar es para él un libro abierto, donde las huellas del pasado aparecen siempre impresas. Y porque no desdeña moverse con la razón y la emoción en la mochila, estudia, analiza, visita archivos, pero también contempla los lugares, los paisajes, conoce gentes y palpa la realidad de la vida que siempre encuentra quien sabe buscarla.

Una Laudatio tiene siempre un principio y un final, que son verdaderas pruebas de fuego para quien la pronuncia. En este último caso, mis palabras quiero que sean tan concisas como emotivas, un simple y emotivo, gracias. Por el trabajo realizado dentro y fuera de los archivos, por la amistad demostrada para todos nosotros, por su mano siempre tendida. Por haber contribuido a quitar telarañas del pasado de un país, que es el nuestro, pero también el suyo. Por saber sacudirse el polvo de las sandalias, como hacía Teresa de Ávila, y proseguir el camino. Nada más.

M. Victoria López-Cordón Cortezo